

## CAPITULO 1

### MARTIN

Junio 1992, Dublín.

Padre e hijo iban cruzando el puente de *Grattan Bridge*. Martin tenía doce años y le exasperaba que la gente los interrumpiese a cada paso. Sebastián era un afamado director de orquesta. Algunos lo saludaban con un breve gesto de cabeza, pero otros se detenían para estrecharle la mano. Martin tenía algo importante que decirle y esperaba el momento de que los dejaran en paz.

–Padre, no tengo confianza en mí mismo –le confesó, de repente.

–Hijo, en esta vida todo hay que ganárselo: la confianza, la gente, el respeto. Nadie te regala nada –dijo Sebastián, manteniendo la cabeza bien alta.

–Cuando sea mayor quiero ser músico.

–¿Estás seguro de eso? –dijo el padre, deteniéndose y, por primera vez, fijando los ojos en él –. ¿Es lo que más ilusión te hace?

–Es lo más importante de mi vida –dijo el chico, suspirando.

–Bien, pues a partir de ahora lucha cada día por ello y evita dispersarte. Mantén el objetivo fresco en tu mente, porque es fácil quedarse atrapado en la telaraña de los deseos a corto plazo.

–Así lo haré. Prometido.

Junio 2013, Barcelona.

Tras la siesta diaria o “reinicio del cerebro”, tal como la denominaba él, se levantó del sofá y miró su reloj de números romanos. Habían pasado doce

minutos, sin embargo, el sueño lo había transportado veintiún años atrás, al día de la promesa en el puente de *Grattan Bridge*.

Se pasó las manos por la cabeza de manera distraída, pero al ver el pelo que estaba perdiendo, sintió una fina punzada en el interior. Curvó los labios hacia abajo como un emoticono y fue a la cocina.

Abrió el lavavajillas y, a pesar de que estaba lleno, aún se las ingenió para cargar los platos del mediodía. Puso una cantidad exigua de detergente y lo conectó en modo económico. Regresó al comedor. Tras comprobar que todo estaba en orden, cogió la bicicleta y cerró la puerta.

Martin iba pedaleando por el carril derecho de la calle, con su casco verde y los preceptivos reflectores. Entonces escuchó un claxon a su espalda; antes de que le diese tiempo a reaccionar, alguien volvió a machacar el volante. Tenía el morro de un taxi pegado a la rueda. Se apartó y el coche le pasó tan rápido por delante, que a punto, estuvo de lanzarlo contra el bordillo. Luego se lo encontró parado en el semáforo. Se colocó junto a él, pero el conductor se negó a mirarlo. “Gilipollas”, le dijo. El taxista le hizo un gesto obsceno con el dedo y arrancó.

Martin lamentaba que los que menos esfuerzos hacían por el medio ambiente considerasen a los ciclistas un estorbo. Sin embargo, la bicicleta le brindaba tal libertad y autonomía que compensaba aquellas afrentas.

Cuando llegó a Barcelona, con diecinueve años, era todavía más idealista, si cabe, y enseguida escribió un memorándum para mejorar la ciudad. Una de sus primeras ideas fue la de dar preferencia a los vehículos ecológicos. Lo segundo que hizo fue plasmar esas mejoras en un programa político. Todo

el mundo se quejaba de la crisis, pero nadie hacía nada por remediarla. Así que decidió fundar un partido, revolucionario e incorruptible.

No obstante, mientras seguía pedaleando camino de la *Barceloneta*, olvidado ya el percance con el taxista, recordó que aquel primer día en Barcelona, catorce años atrás, había sido dramático. Un domingo de invierno, los comercios cerrados; en el hostel, donde había previsto hospedarse, no constaba ninguna reserva a su nombre y la banda de su tarjeta de crédito se había borrado; nadie, de entre los que se había encontrado por el camino, sabía hablar inglés.

La sombra de quedarse a dormir en la calle se acrecentó. Fue a parar a un barrio industrial, despoblado.

Había un bulto sobre la acera de color pardo. Se acercó sin saber por qué. Una mosca de olor nauseabundo se introdujo en su nariz y la notó en la garganta. Entonces pisó el bulto. Estaba rígido. Miró su pie y vio una cosa peluda debajo. Sintió una repugnancia extrema, pues se trataba de un perro muerto con la pata quebrada y el morro ensangrentado. Se tragó la mosca y se olvidó por completo de ella.

Echó a correr hasta los límites de una fábrica abandonada. Se preguntó cómo alguien podía atropellar a un animal tan grande y dejarlo allí.

El agua caía por su frente. Estaba lloviendo. Le habían advertido de los ladrones en España y se encontró sentado en el suelo y abrazado a su maleta. En su desesperación, a pesar de haberse jurado no volver a dirigir la palabra a su padre por lo que le había hecho, lo habría llamado.

De repente, una figura se deslizó frente a Martin. Se quedó paralizado. Estaba convencido de que iban a robarle o algo peor. Unas manos se extendieron hacia él.

“No tengas miedo, estoy aquí para ayudarte”, dijo un joven de ojos azules; llevaba un fular por encima de la gabardina y el cuello levantado. Martin, a punto de llorar, le explicó lo sucedido y su interlocutor, antes de que acabase la frase, le entregó unos billetes y dijo: “Coge un taxi y búscate alojamiento”.

Martin se alegró tanto que le pidió el nombre y lo anotó en su libreta. Se llamaba Oswald y era un actor inglés de paso en Barcelona. Así nació *El libro de las personas que me ofrecieron ayuda sin pedírselo*. Había escrito muchos nombres desde entonces y tenía la certeza de que un día, cuando llegase su momento, los recompensaría a todos.

Llegó a la playa alrededor de las cuatro y media de la tarde. Detuvo la bicicleta y, sin descabalgarse, se quedó contemplando el mar. Se imaginó que un banco de tréboles había teñido el agua de verde, pero eran algas. El sol perdía fuerza y las hordas de gente se batían en retirada. Se levantó una ligera brisa con olor a salitre que agitó la bandera del socorrista. Plegó la bicicleta y echó a caminar hacia la orilla. En su travesía se cruzó con una familia que había abandonado los restos de su banquete tras de sí.

–Oiga, la playa no es un vertedero –le inquirió Martin al padre, que era un tipo peludo y grandullón.

–Pues límpiala tú, *guiñi* de mierda –lo desafió.

La mujer y los dos niños pasaron por su lado cabizbajos.

–Luego os quejáis de que los extranjeros vengan a España a emborracharse –le replicó él.

En ese momento el hombre se detuvo, arrojó los bultos con rabia sobre la arena y fue corriendo hacia él. Martin oyó un zumbido y cayó suelo. Aquel hombre de *Cromagnon* le había dado un puñetazo.

Algo desorientado, abrió los ojos y vio al socorrista.

–¿Eh, chaval, te encuentras bien?

–Ya llegará mi momento –murmuró entre dientes. Se sacudió la arena de la cara y se levantó sin aceptar su ayuda.

Siguió su camino hacia la orilla. Su cerebro nunca paraba de elucubrar. “Una playa, en el centro de una ciudad tan cosmopolita como Barcelona, es una joya desaprovechada”. Uno de sus eslóganes favoritos era: “Atraes lo que eres”. Y aquella playa descuidada solamente podía atraer al turismo de baja estofa. A los políticos, aquello les importaba bien poco; lo único que querían era comer en buenos restaurantes y llenarse los bolsillos. No miraban por el bien común. En Cannes o Saint Tropez todo estaba tan limpio que a nadie se le ocurriría tirar un papel al suelo.

Extendió meticulosamente la toalla cerca de la orilla. Se sentó y se quitó la camiseta. Su piel seguía tan blanca y moteada de pecas como antaño, cuando vivía en Irlanda.

Giró la cabeza y vio a una chica bronceada. Era rubia y llevaba el pelo corto. Le gustaba su peinado. Rezó para que no se hubiese enterado del altercado. Si no hubiera sido porque contravenía las reglas del decoro, habría continuado observándola una eternidad.

En el horizonte aparecieron las tres franjas del pintor Mark Rothko: cielo, mar y tierra.

Se volvió a girar hacia la chica. Llevaba gafas de sol y estaba leyendo. Los separaban tres metros de distancia. Ella levantó la vista y le sonrió. Odiaba aquellas situaciones en las que la frontera del flirteo y el ridículo estaban tan cerca. Conocía la película. Al final, nadie daría el primer paso y no se volverían a ver. Solamente la perdió de vista unos instantes, hasta que la oyó gritar. Fue un chillido ahogado. La chica se tapaba el rostro con las manos. El libro y las gafas habían salido volando. Un balón había impactado en su cara, de facciones delicadas, y el chaval delgado que había chutado, no sabía cómo reaccionar. Él se levantó con decisión y entró en escena. Se puso de cuclillas y le preguntó cómo estaba. La chica lo miró aturdida. Las gafas le habían dejado una marca roja sobre el puente de su pequeña nariz. Le respondió que estaba bien y sonrió. El delgado aprovechó para excusarse y coger la pelota. La chica se puso en pie. “Voy a darme un baño”. Martin la vio alejarse. Era espigada y llevaba el tatuaje de un dragón de colores en la espalda. Se introdujo en el mar y se perdió entre las olas.

Él se sentó en su toalla con sus *walkman*, apoyando las rodillas contra su pecho lampiño. La chica regresó, inspeccionó sus gafas y se las colocó de nuevo. La situación volvía al punto de partida. “Frustrante”, pensó él, mordiéndose las uñas.

De pronto ella se levantó. ¿¡Venía hacia él!?! Martin se quedó mirando la arena de entre los dedos de sus pies. No soportaba más aquella tensión; pero pasados unos segundos alguien le estaba hablando. Al alzar la cabeza, vio unas piernas muy largas, un vientre plano con un *piercing* y un bikini mimetizado.

–Hola. Quería darte las gracias –dijo ella, con una voz grave y soñadora.

–Oh –él se quitó los auriculares, se puso la mano en la frente a modo de visera y se levantó. Era casi tan alta como él–. No hay de qué. Me alegro de que ya estés recuperada –respondió, atropelladamente.

Le temblaban las piernas. No quería ni tener la presunción de que estaba ligando. Le ofreció la mano y se presentó. Ella le dio dos besos con descaro.

–Kristine–dijo.

–Suenas nórdico –dijo él, rascándose nerviosamente por un costado.

–Mi madre es danesa. Tú tampoco eres de aquí, ¿verdad?

–Bueno, realmente *vaig neixer a Barcelona*. Mis padres vinieron a estudiar un posgrado de dos años y luego regresamos a Dublín.

–Espera –le dijo de repente –. Voy a buscar mi toalla y me siento contigo.

Cuando Kristine le dio la espalda, volvió a ver aquel tatuaje del dragón y tomó aire. Se había olvidado de respirar. Mientras ella recogía sus cosas se sintió mezquino. Tenía novia desde hacía trece años. “¿Qué cara pondría Mercè si me viese con otra?”. Pero a aquellas alturas, toda batalla contra su sistema linfático estaba perdida. Kristine puso la toalla a su lado y apoyó su interminable pierna contra la suya. Tenía los tobillos finos y olía a aceite de coco.

–Bueno, a ti también te han dado un buen coscorrón –dijo ella, sin poder contener la risa.

–Oh, ¿lo viste?

–No te preocupes, el mundo está lleno de capullos que tienen que ir alimentando el ego para vencer su sentimiento de inferioridad.

–Gracias –suspiró y volvió la vista a los dedos de sus pies.

–¿Cuándo regresaste a Barcelona?

–Buf, a los diecinueve años. Mis padres se divorciaron y nos dieron la patada a mi hermano y a mí. Yo hice mi *gap year* en Boston porque conocía gente de la escuela *Suzuki*. Después vine aquí a la aventura –dijo él, cerrando los ojos y encogiéndose de hombros.

–Debió de ser duro para ti –reflexionó ella con aire compasivo.

–Sí, los principios siempre son lo peor, pero una vez superados, te das cuenta de que has avanzado. Deberíamos cortar más a menudo el cordón umbilical con nuestra área de confort.

–Es por el miedo.

–Mi táctica es afrontarlo lo antes posible, sin darle tiempo al cerebro a decidir. Entonces te das cuenta de que era totalmente infundado; pero no quiero aburrirte con mis teorías y obsesiones –dijo él, sonriendo, sin enseñar demasiado los dientes.

–No, en absoluto, está bien. Y ahora, ¿a qué te dedicas?

–Soy músico y he formado un partido político con los miembros de mi banda. Es la única forma de que cambien las cosas.

–¡Eh, qué pasada! –dijo ella, dándole un golpecito en el brazo.

–Sí, no me puedo quejar. Y tú, ¿qué haces?

Ella puso los ojos en blanco y le explicó, sin demasiado entusiasmo, que trabajaba en un *pub* irlandés. Martin lo tomó como un buen presagio. Ella le dijo que lo aceptó porque se había quedado en paro, pero que en realidad era diseñadora industrial y fotógrafa.

–¿Qué libro estás leyendo? –se interesó él.

La chica volvió a sonreír. Todos sus dientes eran perfectamente cuadrados. A Martin le habría gustado poder descargar la tensión así.



–*De qué hablamos cuando hablamos de amor.*

–¿Te gusta Raymond Carver? –preguntó él.

–Me encanta. Y tú, ¿qué música escuchabas? –dijo ella, señalando su *walkman*.

–Chet Baker, *The song is you*. Me gusta todo tipo de música, aunque en determinados momentos solo me apetece oír a Chet Baker.

–Oye, ¿en serio todavía escuchas cintas de *cassette*?

Hablaron animadamente hasta que el sol tiñó el cielo de fuego y se ocultó por el sur.

Kristine se reía a carcajadas y continuaba dándole golpecitos en el brazo como si lo conociese de toda la vida; era simpática y hasta un poco payasa; a su parecer, la chica perfecta.